

DANIEL INNERARITY

‘La principal virtud de la política es su capacidad de transformación del corto alcance individualista a planteamientos sistémicos más globales, y es aquí donde la izquierda juega con ventaja’

ORIOI BARTOMEUS

Director de *frc REVISTA DE DEBAT POLÍTIC*

ALBERT AIXALÀ

Director de la Fundació Rafael Campalans

Fotografia: Andreu Adrover

Nascut a Bilbao el 1959, Daniel Innerarity és doctor en Filosofia per la Universitat de Navarra i actualment catedràtic de filosofia social i política a la Universitat de Saragossa. Professor convidat de la Universitat de la Sorbona és, a més, membre del Consell de Coordinació Universitària, del Consell d'Honor d'UNESCO Etxea-Centre UNESCO del País Basc, i membre de l'Acadèmia de Ciències i Arts amb seu a Salzburg.

Els seus darrers llibres són *Ética de la hospitalidad*, *La transformación de la política* (III Premi d'Assaig Miguel de Unamuno i Premi Nacional de Literatura en la modalitat d'Assaig 2003), *La sociedad invisible* (XXI Premi Espasa d'Assaig), *El nuevo espacio público* i *El futuro y sus enemigos*. Va rebre també el Premi d'Humanitats, Cultura, Art i Ciències Socials de la Societat d'Estudis Bascos / Eusko Ikaskuntza el 2008. Innerarity és col·laborador habitual d'opinió als diaris *El País* i *El Correo / Diario Vasco*, així com de la revista *Claves de razón práctica*.

Sens dubte, l'eloqüència i lucidesa dels seus escrits han convertit Innerarity en un dels intel·lectuals més respectats a Espanya. Entenent, doncs, que una conversa amb ell seria d'enorme interès per als nostres lectors, *frc REVISTA DE DEBAT POLÍTIC* va decidir entrevistar-lo de manera extensa, aprofitant una visita del catedràtic a Catalunya. Així, Oriol Bartomeus, director de la revista, i Albert Aixalà, director de la Fundació Rafael Campalans, van conversar durant més de dues hores amb Innerarity sobre els valors i l'acció política de l'esquerra avui en dia, les demandes del seu electorat, les particularitats de la classe política, la gestió del risc per part dels governs, o el paper cada cop més perifèric de la política en el món contemporani, entre d'altres. Innerarity és taxatiu: la política avui en dia és molt poc innovadora i, és més, més aviat tendeix a ser conservadora. En aquesta línia, el filòsof alerta del paper cada cop més irrellevant de la política i aposta per construir sistemes polítics intel·ligents, que amplii els horitzons de visió i responsabilitat de la classe política i la ciutadania.



Oriol Bartomeus (O. B.).- Empecemos hablando de política internacional, ahora que España asume la presidencia de la Unión Europea. ¿Qué ha quedado de la Alianza de Civilizaciones que defendió el presidente del Gobierno español, José Luís Rodríguez Zapatero? ¿Cuáles han sido sus frutos?

Daniel Innerarity (D. I.).- La Alianza de Civilizaciones, en términos de política inmediata, tiene muy poco rendimiento. Era más bien un programa muy a largo plazo, de una construcción más de tipo cultural. Leído como programa de política internacional no da mucho de sí, porque, de entrada, el nombre ya es un poco torpe, pero de ahí a ser política internacional, política exterior... La política internacional es, más que una alianza, unos valores. Y esto es algo que pasa mucho en política, y pasa más en la izquierda que en la derecha. La política tiene un abanico de acciones más completo que el de los valores. Si sólo tienes eso y no tienes una táctica, no tienes intención, estás mal. La política es una actividad en la que se suman inteligencia, voluntad, decisión y emociones, y si eso no está bien orquestado te queda una cosa etérea y vaga.

O. B.- ¿No cree que esa conexión entre valores y acción le es más fácil a la derecha? Es decir, la derecha defiende seguridad y orden. La izquierda, en cambio, tiene unos valores que quizá son mayoritarios, pero al no poseer la táctica o la acción que los lleve a la práctica, se quedan en el plano normativo.

D. I.- En el tema valores y política, una de las cosas que está pasando es que, utilizando la terminología freudiana, en la política hay una rutina entre el principio de placer y el principio de realidad. Hay un reparto del territorio en el que una y otra están relativamente cómodas. La izquierda gestiona valores sin realidad, y la derecha gestiona realidad sin valores; a veces eso es dramático, porque a los ciudadanos nos obliga a un tipo de elecciones que no queremos hacer: “usted elija, ser un iluso tonto (el famoso “bonismo”), o elija ser un cínico realista (la *realpolitik*)”. A mi, como ciudadano, me gustaría tener una elección un poco más matizada. Creo que deberíamos empezar a romper metiendo cuñas que compliquen un poco este terreno de juego. Por ejemplo, hay que considerar que la realidad no es de derechas. De hecho, la derecha ha puesto en marcha procesos apelando a la seguridad, que han tenido como consecuencia un gran aumento de la inseguridad. Tenemos ejemplos recientes relativos al terrorismo internacional.

O. B.- Pero en el fondo estos ejemplos no hacen más que reforzar a la derecha. Al fin y al cabo, cuanta más inseguridad, mejor; porque al considerarse el adalid de la seguridad, se genera una retroalimentación del tipo “¿lo veis como el mundo es inseguro?”.

Albert Aixalà (A. A.).- Se trataría de romper monopolios; en este caso, el monopolio de los valores y el monopolio de la realidad.



D. I.- Desde la perspectiva de la izquierda, lo que le aconsejaría es que combatiera a la derecha con una mejor descripción de la realidad. En lugar de combatirla con mejores valores es necesario que haga una mejor descripción de la realidad.

O. B.- Esta izquierda realista es la socialdemocracia. Frente al socialismo utópico de los valores, viene la socialdemocracia que lo que dice es: “yo gestiono el presente, lo mejor”, y precisamente viendo cómo están los partidos socialdemócratas en Europa, la idea de que vivimos en un momento socialdemócrata no se sustenta.

D. I.- Eso es más bien una oportunidad socialdemócrata, en el sentido de que el modelo neoliberal doctrinario está en crisis, pero yo no confiaría mucho en esa coyuntura, porque una de las características de la derecha frente a la izquierda es su gran capacidad de adaptación. Es muy rápida en la adaptación, y yo creo que esa capacidad es precisamente una de las claves de su éxito. Quizá tenga

que ver en eso la forma como izquierda y derecha formulan sus expectativas, en general, de justicia o de valores, los valores respectivos, porque yo no considero que la izquierda tenga el monopolio de los valores y la derecha no. Porque la verdad es que hay muchísimos valores.

Vayamos al caso de los electores. El elector de izquierdas es un elector que tiene una expectativa más alta, espera más de la política, que el elector de la derecha. Y esto no es ni mejor ni peor; esto simplemente tiene que ver con unos orígenes históricos, en virtud de los cuales la izquierda está más vinculada a ideales revolucionarios, mientras que la derecha tiene menos expectativas de cambio, porque su elector es conservador.

Entonces, ¿qué pasa? Que cuando las cosas están así, en una asimetría de expectativas, tras la decepción la derecha tiene una mayor capacidad de adaptación, mientras que generalmente el electorado de izquierda, cuando sufre una decepción, se introduce en una depresión de la que tarda mucho tiempo en salir y que, además, y esto es otra rémora para la izquierda, no puede salir de ella si en el fondo no hace una revisión de todo el aparato doctrinal o, por lo menos, de buena parte de él.

En este sentido la derecha es mucho más pragmática, y probablemente eso tiene que ver con el hecho de que mucha gente viene del mundo empresarial, del mundo de las escuelas de negocios. Tienen ese tipo de flexibilidad que es mucho más adaptada a la lógica de las sociedades contemporáneas que la lógica doctrinaria de la izquierda, que es una lógica muy pesada. En este esquema, pues, la izquierda es muy doctrinal, y la derecha es muy pragmática.

La izquierda gestiona valores sin realidad, y la derecha gestiona realidad sin valores. Aconsejaría a la izquierda que combatiera a la derecha con una mejor descripción de la realidad; en lugar de combatirla con mejores valores es necesario que haga una mejor descripción de la realidad

O. B.- Una de las críticas que se hace a la izquierda socialdemócrata desde la izquierda de la izquierda es que, a partir de los años 90, abandona buena parte de sus valores doctrinales y se vuelve absolutamente pragmática: Tony Blair es Bill Clinton en Estados Unidos. Ese buscar el centro, sacando parte de la carga doctrinal que lleva encima y abrazando, según la crítica de una izquierda dura, unos principios neoliberales, que son los que en el fondo provocan lo que hoy tenemos.

D. I.- Esta es una crítica que no comparto en absoluto, y no la comparto por una cuestión más de raíz, o sea, de planteamiento. Vuelvo a lo de la buena teoría de la realidad. Por ejemplo, si uno no tiene una teoría de la globalización, si no ha entendido

que la globalización tiene un aspecto negativo y crítico respecto de la justicia social, pero también permite la aparición de nuevos actores, replantea el tema de la justicia en otras dimensiones, porque la justicia ya no es una cuestión que se quede en el ámbito de los estados nacionales. Si no ha entendido eso, entonces lo que le

pasa a esa izquierda es que mantiene un dualismo de unos valores que sigue considerando definitorios de la propia identidad, y un discurso político, una lógica social, que no termina de comprender muy bien, y con la cual quiere buscar un cierto compromiso. Ese compromiso, inevitablemente, tiene el cáncer de una rebaja en las pretensiones. Entonces yo, socialdemócrata o socialista, que defendiendo unos valores immaculados, en la práctica cotidiana me veo obligado a conectar esos valores con una realidad sucia y perversa, que tiene que ver con el poder.

Creo que ahí hay un punto que hay que revisar, que es la mala relación de la izquierda con el poder; el hecho de que buena parte de la izquierda tenga una visión del poder como algo que necesariamente hace perder pureza a unos valores sin contaminar.

¿Y por qué la izquierda formula sus valores al margen de la lógica social? ¿Por qué la izquierda pretende mantener una idea de valores como categorías que están al margen de los procesos de cambio social? Creo que esto es una de sus debilidades: la izquierda debe comprender que solamente entendiendo bien el cambio social puede formular determinadas políticas.

Además, hay que comprender que en la lógica actual de la globalización, de la formulación de los mercados, aparecen unas posibilidades para la realización de los propios valores que es un aspecto a precisar. No estoy apelando a que la izquierda sea moderada; se trata de definir las propias aspiraciones de acuerdo con la lógica social o, mejor dicho, de haber entendido en qué medi-

da la lógica social, las transformaciones sociales, permiten la realización de los propios valores que a uno le lleguen, y esto no supone ninguna traición al proyecto.

O. B.- Sería una crisis de no adecuación de la oferta a la demanda.

A. A.- Bueno, no solamente eso, porque también hay un debate a nivel europeo ahora, a partir de la derrota de la socialdemocracia en Alemania, sobre si respondemos o no a las demandas reales de nuestro electorado tradicional, pero también al nuevo electorado, al electorado emergente. ¿Cómo se resuelve ese dilema? El debate ahora está en: ¿estamos respondiendo a las demandas o no?

D. I.- La sociedad contemporánea no es la sociedad tradicional de masas en la cual había cuatro o cinco tipos de personas y de electores. Ahora mismo hay una gran diversidad social, política, y sobre todo unas identidades *patchwork*, en virtud de las cuales puedes encontrar obreros de derechas, o homosexuales conservadores, categorías que tradicionalmente podían parecer impensables. Ahora mismo el *target* de un partido socialdemócrata es muy difícil de definir, porque no hay esa masa.

Y esto, claro, plantea un problema. Creo que desde hace unos cuantos años, unos cuantos decenios, los partidos socialdemócratas están enfrentados al siguiente dilema, que es un dilema que a la larga tiene mucho que ver con su propia identidad política, que es que desaparece o atenúa lo que hasta ahora venía funcionando como clase obrera. Y además, las políticas orientadas a este sector, a este *target*, no sirven para ganar elecciones: hay que ampliar el espectro, y generalmente esto lo ha resuelto la izquierda orientando determinado tipo de políticas, no sólo por oportunismo sino también por convicción, hacia nuevos valores de tipo postsocialista o de tipo más bien individualista.

El esquema ideológico que hay detrás de todas las políticas que sostienen la llamada ampliación de derechos es un tipo de políticas dirigidas a un sector de la población muy concreto. Por ejemplo, el sexto *arrondissement* de París es uno de los pocos sitios donde hay más electores socialistas, y es uno de los barrios más pijos de París. Este tipo de políticas se ha orientado hacia un sector de la población con un gran nivel adquisitivo, con un

grado alto de cultura. Esto le aleja del electorado socialista tradicional, que es el electorado obrero, y además plantea problemas de compatibilidad. Por ejemplo, en Francia hay sectores obreros que cada vez más van hacia la extrema derecha, sencillamente porque no entienden este nuevo lenguaje. Incluso hay estudios empíricos que muestran que en las conductas xenófobas se esconde en realidad un conflicto económico: se produce un conflicto entre el derecho del inmigrante recién llegado respecto de aquél al que se le puede quitar el puesto de trabajo.

Es evidente que un inmigrante recién llegado no le iba a quitar el trabajo a un catedrático de universidad, pero al anterior inmigrante, al que llegó hace 20 años, sí se lo puede quitar. Entonces, ¿qué sector de la sociedad está más interesado en que no se amplíen derechos en esa línea?

O. B.- Pues de aquí vienen las dificultades del PSOE para ganar votos en Madrid o en los centros urbanos de

muchos sitios de España, exceptuando el área metropolitana de Barcelona, que tiene otros condicionantes. Pero la incapacidad para impedir que gane el Partido Popular en el área metropolitana de Madrid, el gran Madrid, es algo inaudito, algo que aquí nos resulta incomprensible.

D. I.- Pero, ¿cómo consigues tú que te vote una persona que se siente amenazada, con razón o sin ella, que siente amenazado su puesto de trabajo y su seguridad por el incremento de la inmigración? Hay otros sectores de la sociedad que no lo sienten así, sencillamente porque viven en un barrio donde no hay inmigrantes, porque su puesto de trabajo

no va a ser sustituido, no le van a echar de su puesto de trabajo, no se lo va a quitar un inmigrante. Donde se produce el conflicto social es en esos niveles del inmigrante instalado y el inmigrante que está llegando. Si la izquierda anda con un discurso a favor de la inmigración, el que no lo va a entender va a ser el inmigrante instalado, y no tanto el perteneciente a las clases altas, que además va a tener muy buena conciencia votando a un partido con ese discurso. Ese es un tema que plantea un dilema concreto: cómo conseguir poder llegar a lo que Richard Florida llama “clase creativa” sin perder un voto general de los barrios obreros. Por otro lado, la izquierda ha entendido que el sujeto contemporáneo es un sujeto que no tolera las formas clásicas de dirigismo, y con un sentido de la emancipación individual bastante

La derecha es muy rápida en capacidad de adaptación, y yo creo que esa es precisamente una de las claves de su éxito. Yo no considero que la izquierda tenga el monopolio de los valores y la derecha no, porque la verdad es que hay muchísimos valores

Hay un punto que hay que revisar: la mala relación de la izquierda con el poder, el hecho de que buena parte de la izquierda tenga una visión del poder como algo que necesariamente hace perder pureza a unos valores sin contaminar

te arraigado. Está claro, pues, que a un sujeto así la izquierda no puede irle con un discurso ni ensalzador ni dirigista. Por ejemplo, el tema de la sanidad. Hay una vinculación entre determinadas conductas que tienen que ver con la salud y que son gravosas para la sostenibilidad del sistema sanitario en su conjunto.

O. B.- Es lo que se está haciendo indirectamente con el tabaco.

D. I.- Exacto. Si la sanidad tiene que ser un servicio universal, cuanto más fácil, cuanto menos gasto inútil tenga, mejor, y además, probablemente se estén replanteando determinadas exigencias de justicia que son muy diferentes de los viejos planteamientos de justicia que están vinculados al carácter aleatorio de los riesgos: todos somos iguales delante de una enfermedad, por lo tanto, todos tenemos derecho a que si nos pasa algo nos protejan. Eso no es verdad. Lo segundo es verdad, lo primero no, porque no todos somos iguales. Hay quien asume determinadas conductas de riesgo.

Yo creo que ahí la cuestión de la justicia se va planteando cada vez de una manera más individualizada y más particularizada, y eso los sectores más dinámicos, más profesionales de la sociedad, lo entienden muy bien, y no entenderían una igualación aleatoria de los riesgos, por poner este ejemplo concreto.

O. B.- Pero esto entra en contradicción con las demandas del electorado tradicional de la izquierda. ¿Cómo plantearía esta revisión adaptada a los deseos de emancipación individual del individuo contemporáneo?

D. I.- Lo que hay que hacer es leer a Proudhon. Porque Proudhon, aunque Marx lo descalificó como socialista utópico, y ahí empezaron buena parte de los males de la izquierda, porque con esa descalificación neutralizó la dimensión libertaria individualista de la izquierda y le dio una versión colectivista. Y en estos momentos, en los que la limitación de las estrategias

colectivistas y dirigistas es muy clara, y en unos momentos además en los que los individuos tienen una conciencia de la emancipación individual como un límite que no estamos dispuestos a sacrificar, se podría proceder a una formulación del socialismo o de la socialdemocracia en ese sentido liberal, en el sentido de que, primero, la cuestión redistributiva no sea la cuestión vital, y, segundo, que la cuestión de la justicia no pase necesariamente por la intervención del Estado, sino que se tenga en cuenta que hay muchas más fórmulas de realización de la igualdad, que es un valor muy definitorio de la izquierda, y que no pasa necesariamente por una intervención dirigista del Estado.



No es cuestión de hacer política de ciencia ficción, pero creo que la evolución de las cosas hubiera resistido mucho más con un socialismo formulado en clave no estatalista.

O. B.- Lo que pasa es que, y me parece que la crisis actual lo pone bastante de manifiesto, el papel de la izquierda en una sociedad donde cada vez hay más individuos autónomos, pero que está sometida a la fuerza y a la preponderancia de grandes corporaciones, el papel de la política es el papel del defensor de estos individuos autónomos frente a los desvaríos de estas grandes corporaciones. Si decimos: “no, esto no se puede hacer desde el Estado”, ¿qué instancia puede asumir ese papel de defensa de la democracia y el mercado? Es esa idea de que no hay democracia sin mercado, y el capitalismo es el mercado, pero es que el capitalismo, si lo dejamos solo, mata la democracia. Hasta ahora el papel del Estado como garante nos ha funcionado, pero era un Estado que actuaba sobre una sociedad corporativa: hay sindicatos, hay organizaciones que representan. Ahora hay tantos estilos de vida como individuos; por tanto, la representación es más difícil, pero sigue habiendo grandes corporaciones, oligopolios, que controlan el mercado. Y muchas injusticias producidas por la intervención de los estados también, que eso a veces no se dice desde la izquierda.

D. I.- El problema central del mundo contemporáneo es que el mundo económico y financiero es un mundo de una gran agilidad, de una gran inteligencia y una gran adaptabilidad, y que circula y cambia con gran velocidad. Somos conscientes, y la crisis económica lo ha puesto de manifiesto, que esto requiere normas, marcos, procedimientos y regulaciones. El asunto es que los estados, las instancias normativas o que dirigen una pretensión normativa respecto del mundo económico y financiero, son muy lentas a la hora de establecer esa regulación.

Por su propia definición, en la innovación financiera un producto derivado es un producto que hasta que lo entiende quien tiene que legislar se han podido producir los mayores desarreglos. Por otro lado, hay este problema de la lentitud, de ritmos distintos en el cual siempre

ganará el mundo económico financiero. Hace falta una buena regulación, no cualquier regulación, porque las malas regulaciones producen unos daños terribles, y después de lo que ha pasado con la crisis económica hay también una crisis política. Los mercados no han hecho más que lo que tenían que hacer. Ha habido decisiones políticas que están en el origen de esto.

Clinton hizo una reforma para facilitar el acceso universal a la vivienda que está en el origen de las hipotecas *subprime*. No digo que lo provocara exactamente, pero

sí que está en el origen. Y por cierto, en los albores de la crisis económica empezaba a hablarse de la crisis económica en la Asamblea Nacional francesa, e izquierda y derecha estaban casi de acuerdo en hacer una ley muy parecida. Yo creo que a veces la apariencia de que los mercados fallan nos hace olvidar que muchas veces fallan porque falla la política.

Efectivamente, es verdad que hacen falta instancias que regulen, que establezcan marcos, y este papel lo han tenido tradicionalmente los estados. Eso ya no se puede hacer, fundamentalmente porque el marco de las operaciones que queremos regular escapa del marco nacional, del marco del Estado nacional. La naturaleza de lo que los estados tienen que regular escapa de sus competencias.

Vivimos un momento en el cual hay una exigencia, no tanto de distribución de los estados como

de transformación de los estados. Es decir, se trataría de que encontráramos un equivalente funcional que desarrollara a nivel global funciones análogas a las que ejercían los estados cuando la economía no estaba lo suficientemente globalizada y era gestionable en el marco estatal.

Eso nos va a obligar a formas de gobernanza que van a estar bastante alejadas de la lógica estatal, jerárquica, centralizada, de competencia, hacia más bien fórmulas regionales, operativas, de gobernanza, de autoridad más débil, que yo creo que es el único lugar a partir del cual se podría construir algo así como un sujeto capaz de configurar este mundo global.

A. A.- Esa teoría tendría que ir acompañada también de una nueva relación con la gestión del riesgo, la necesidad de aceptar que el riesgo cero no existe, que en el fondo, la

No estoy apelando a que la izquierda sea moderada; se trata de definir las propias aspiraciones de acuerdo con la lógica social o, mejor dicho, de haber entendido en qué medida la lógica social, las transformaciones sociales, permiten la realización de los propios valores que a uno le lleguen, y esto no supone ninguna traición al proyecto

El problema central del mundo contemporáneo es que el mundo económico y financiero es de una gran agilidad, de una gran inteligencia y de una gran adaptabilidad, y que circula y cambia con gran velocidad. Mientras que los estados, las instancias normativas o que dirigen una pretensión normativa respecto del mundo económico y financiero, son muy lentas a la hora de establecer su regulación

raíz de la crisis actual en parte también es creer que era posible limitar el riesgo, que era posible calcular de forma científica todos los riesgos que pueden derivarse. En cambio, la definición de riesgo cero es una definición política, o que se tiene que definir socialmente. ¿Cuál es el riesgo que uno está dispuesto a tolerar? Hasta ahora el Estado ha jugado a ser limitador de riesgos o a prometer que se podían limitar todos los riesgos, cuando no es así. Pero esto parece que es muy difícil de aceptar socialmente.

D. I.- El Estado ha sido un buen gestor de peligros, es decir, de amenazas concretas identificables, visibles, que se podían resolver con un contrapoder equivalente. Una amenaza se destruye cuando yo soy capaz de amenazar con más intensidad. El tema de los riesgos nos sitúa en un horizonte completamente distinto. De entrada, implica una cierta recuperación de la política, como aquel conjunto de decisiones que tienen que ver con los riesgos, con la valoración que yo hago de los riesgos. Es decir, el riesgo deja de ser una cuestión definida por los despachos, y pasa a ser una cuestión de ciudadanía y, por tanto, una cuestión política. Como sociedad, ¿qué tipo de riesgos queremos tener?

Por otro lado, el carácter global, supranacional o supraestatal de los riesgos nos obliga a tejer alianzas estratégicas, con lo cual nos obliga a la construcción de nuevos sujetos, más allá del Estado nacional. Es decir, los riesgos tejen relaciones de solidaridad entre los

implicados, y de alguna manera hemos pasado de una interacción positiva a una interacción negativa. Ahora la instalación mundial será más por aquellos que están amenazados por los mismos riesgos, y no tanto por aquellos que tienen un proyecto común. Se trata de la comunidad de riesgos, que es una actitud de comunidad de destino en la cual estamos todos en la misma barca y con un determinado riesgo, y esto está creando un tipo de solidaridades de víctimas que son muy poderosas. Así como la identidad crítica de los estados nacionales tenía que ver con la lengua, la cultura, y con un determinado tipo de discurso, la identidad cosmopolita o regional en el sentido de grandes regiones, por ejemplo Europa, o grandes zonas geográficas que se puedan establecer, más que tener que ver con ese tipo de homogeneidad cultural va a tener que ver con la lógica que se impone desde determinadas amenazas que nos afectan a todos.

El caso más llamativo de todo eso y más espectacular es el cambio climático. En parte nos afecta igual, y en parte nos afecta de manera desigual, pero lo cierto es que no respeta la lógica fronteriza. Sin duda, el riesgo es una dimensión inevitable de la existencia humana.

O. B.- Respecto al riesgo, y a partir de lo que está pasando en Estados Unidos, donde parece que se impone una nueva divisoria en el mismo mundo económico, en la que hay unos que no tienen riesgo porque no pueden caer,



Daniel Innerarity amb Albert Aixalà (esquerra) i Oriol Bartomeus.

porque si caen se llevan al sistema con ellos, y hay otros que tienen que aguantar el chantaje de estos grandes, ¿no pasaría lo mismo a nivel social? Pienso por ejemplo en la doble escala salarial: trabajadores con contrato estable que, por lo tanto, no pugnan por la transformación de las cosas, y al otro lado trabajadores temporales, que necesitan un cambio. ¿Cabe ese paralelismo?

D. I.- Sí, como el paralelismo de personas que pueden tener un seguro privado y personas que tienen que acudir a la sanidad pública y que, por tanto, quieren que el sistema público funcione y que funcione bien. Efectivamente, hay un sector de la población que si la educación pública, si las pensiones, si la sanidad, no funcionan bien, no les afecta especialmente. Es más, si se ofrece la posibilidad de aligerar las cargas sociales para permitir el desarrollo en esas fórmulas en lugar de ese riesgo, lo aceptarán plenamente.

En la cuestión de la justicia, la izquierda podría ser, y debería ser de hecho, innovadora. Generalmente, las situaciones críticas afectan al frágil, al débil y no tanto al poderoso. Y tiene que ver también con un factor más de actualidad que es el hecho de que vivamos en un mundo bastante irresponsable, es decir, una de las pruebas de tanta irresponsabilidad es el hecho de que sean rescatadas aquellas instituciones que pueden poner en riesgo al sistema.

¿Sobre la pista de qué nos pone esto? Pues fundamentalmente de que hemos pasado de una época en la cual el foco de atención estaba puesto sobre los riesgos

sociales a un foco que se debe situar sobre los riesgos sistémicos. Y yo creo que la derecha tiene una visión más sistémica que la izquierda, simplemente por su propia tradición de creer más en los mecanismos autorreguladores. Pero la izquierda, uno de los elementos por los que probablemente debería renovarse sería éste: empezar a pensar en los riesgos sistémicos, es decir, no tanto en los riesgos individuales o sectoriales, como en entender cuál es la lógica que explica el funcionamiento del encadenamiento de riesgos con sentido catastrófico.

Eso, a la derecha no le interesa mucho, sobre todo a la neoliberal, porque vive un presente entendido de una manera muy estrecha, y, por lo tanto, pasado mañana ya veremos. Y a la izquierda no le ha interesado hasta ahora porque ha entendido el riesgo como algo individual, personal, y no tanto como algo sistémico.

A. A.- Pero eso conlleva hablar también de responsabilidad a nivel global y social. Es decir, en los últimos tiempos se ha referido mucho a esto el expresidente Pujol

cuando habla de una sociedad responsable para hacer una reflexión sobre lo que ha hecho el conjunto de la sociedad, por ejemplo en los años de bonanza económica aquí en España, y la incapacidad de los gobiernos para responsabilizar al conjunto de la sociedad de las decisiones que se estaban tomando, por ejemplo a nivel de crédito o de la compra de vivienda. Es decir, seguramente antes de hace tres años los expertos ya veían que esto no iba, que se estaban dando una serie de créditos que permitían acceder a grupos sociales de riesgo a la propiedad inmobiliaria. Hubo un momento en que, por ejemplo aquí, en Barcelona, en Cataluña, el 30% de la vivienda de segunda mano era comprada por inmigrantes, con dos o tres titulares por cada hipoteca que no eran pareja ni familia necesariamente. Es decir, esto que podía parecer que conllevaba un riesgo sistémico hubiera necesitado de un discurso global desde el gobierno llamando la atención a las entidades financieras, a la sociedad en general, a los ciudadanos, en el sentido de que nos estábamos sobreendeudando, que estábamos por encima de lo que sería aconsejable.

Para combatir riesgos sistémicos se necesita política, y se necesitan responsabilidades de todos los agentes y corresponsabilidades ciudadanas. ¿Para qué sirve la política si no para hacer visible la idea de responsabilidad? En lo que la política es insustituible es en dar cuerpo, forma, discurso, a la realidad compleja de la responsabilidad.

D. I.- El problema es que vemos el mundo complejo, como se dice tópicamente, y eso significa que las conexiones causa-efecto son menos nítidas, menos visibles que en mundos más sencillos. En un mundo sencillo, donde esos sistemas sobre los que había que tener responsabilidad eran muy limitados, donde nuestra capacidad de condicionar procesos económicos era muy limitada, la formulación de la vida y de responsabilidad nos influye. El problema es que en un mundo interdependiente la asignación de responsabilidades es una gran dificultad. Las microdecisiones de una inmensa cantidad de actores están en el origen de determinadas conductas, y además la conexión entre lo que yo hago y la responsabilidad sobre el sistema no está nada clara. Y al mismo tiempo, por ejemplo, en materia de contaminación, esa responsabilidad es indirecta.

A. A.- Hace como un año circuló por Internet un vídeo de un discurso de Enrique Fuentes Quintana, ministro de Economía y Hacienda del gobierno de Suárez, a finales de los 70, reflexionando sobre la dificultad del momento económico de aquel entonces, llamando a la

Así como la identidad crítica de los estados nacionales tenía que ver con la lengua, la cultura, y con un determinado tipo de discurso, la identidad cosmopolita o regional en el sentido de grandes regiones, por ejemplo Europa, va a tener más que ver con la lógica que se impone desde determinadas amenazas que nos afectan a todos

responsabilidad de todos, de los actores, de los empresarios, de los sindicatos en general, en un discurso televisado. Esto no se ha producido en la actual crisis; nadie llama a la responsabilidad colectiva ni a la definición de la dificultad. En Cataluña, el presidente Montilla lo ha hecho en alguna ocasión, como en el discurso de Año Nuevo y de Navidad. Creo que ha faltado algo como eso, y quizá es más necesario ahora porque el mundo es más complejo. Es quizá esa falta de discurso lo que ha arañado la credibilidad de distintos gobiernos, una manera de afrontar la crisis.

D. I.- Un gobernante, como decía el presidente Pujol, tiene que estar pegado a la sociedad en la que vive; pegado, pero un pelín despegado. En estos términos, un gobernante ha de tener valor para decir la verdad a la gente, y ampliar un poco el plazo respecto del cual está pidiendo una legitimación de sus propias decisiones. Creo que uno de los orígenes de nuestros males en política es el acortamiento de los plazos de ratificación de las decisiones. Es decir, estamos en una lógica muy poco sistémica, todo lo contrario, muy puntual, como se dice ahora, de microdecisiones políticas, que tienen una duración mínima, y que son sustituidas por otras, a veces incluso totalmente diferentes, y que producen una falta de coherencia.

Considero que en este momento esa es una de las debilidades de la política, la falta de coherencia entre las decisiones que se toman. No porque no haya que improvisar, que en política yo creo que hay un tanto por ciento muy amplio, igual un 90 por ciento de las cosas se hacen por improvisación inteligente, sino porque cuando uno expresa mucho el horizonte de visión y de decisión, el resultado final de un conjunto de decisiones es incoherente, y además va contra sus propios intereses.

Un ejemplo que me gusta poner y que es muy gráfico es como se produce un atasco de tráfico. Los atascos de tráfico se producen por un conjunto de decisiones que no son coherentes; pero bueno, para eso está la policía de tráfico, para tener una visión sistémica respecto del funcionamiento del tráfico.

Esta metáfora no es nada buena aplicada a la política, porque la política es de otra naturaleza. Si yo no tengo delante de mi vista más que un horizonte muy corto de eso, la suma de progresivas decisiones termina produciendo un resultado global que yo detesto. Si yo, en tanto que ciudadano, por no hablar sólo de los políticos, pudiera necesitar que el resultado global de mi conducta irresponsable en materia de deshechos, probablemente haría con ellos una cosa diferente a la que hago, porque yo no quiero ese

Un gobernante ha de tener valor para decir la verdad a la gente, y ampliar un poco el plazo respecto del cual él está pidiendo una legitimación de sus propias decisiones. Creo que uno de los orígenes de nuestros males en política es el acortamiento de los plazos de ratificación de las decisiones

resultado global; lo que pasa es que en el momento de echar una bolsa de basura por la ventana puedo no tener en cuenta la coherencia general. Pero si, por un momento, yo fuera capaz de representarme la suma de todos los seres humanos ensuciando el medio ambiente y darme cuenta de que en un plazo temporal muy breve iba a tener un medio ambiente dañado, yo no lo haría.

El asunto es cómo conseguimos que aparezca una vinculación entre nuestras decisiones puntuales, concretas, en el corto plazo, y las consecuencias en el largo plazo, que atentan contra mis intereses como consumidor y como votante. Porque los sistemas sociales funcionan de acuerdo con la lógica del interés y no son reducibles únicamente a la lógica moral.

Si yo fuera capaz de visibilizar que, incluso para la persecución del interés privado, me interesan conductas cooperativas, probablemente lo haría. ¿Por qué estamos tan escasos de conductas cooperativas, que es seguramente uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo? Porque la lógica, el imperialismo del corto plazo nos impide ver el efecto

acumulativo de pequeñas decisiones, mientras que la ampliación del plazo de visión nos permitiría eso que los sociólogos y antropólogos llaman conductas contraintuitivas.

La principal virtud de la política es su capacidad de transformación del corto alcance individualista en planteamientos sistémicos más globales; y es aquí donde la izquierda juega con ventaja por la riqueza de sus valores sociales. Hoy en día la izquierda tiene que recuperar lo social entendiéndolo en términos sistémicos.

O. B.- La política debería ser esa instancia que ayude a superar este “cortoplacismo” y este individualismo irresponsable. El problema es que la política se encuentra ahora mismo, en el siglo XXI, en una posición periférica. ¿Por qué no tenemos ahora al ministro de Economía saliendo en la tele haciendo un discurso de 10 minutos o un cuarto de hora apelando a la responsabilidad? Simplemente porque en los años 70 el ministro de Economía y el presidente del Gobierno eran unos personajes importantes, centrales, y ahora ya no lo son tanto. No sé si es porque la política se ha vendido al “cortoplacismo” y no quiere admitir que está siendo apartada de esa posición casi monopolística del poder que tenía antes, y sus instrumentos son cada vez menos, más escasos, menos poderosos.

D. I.- El otro día me decía el alcalde de mi pueblo: “Yo, de cada 10 euros que me gasto, 9 me vienen ya finalizados con una determinada política que yo no he decidido”. La conclusión: para él esto es un aburrimiento, ya

que entró en política para hacer política y no la acaba haciendo. O sea, tenemos una clase política local obedeciendo órdenes y no tomando decisiones políticas. Yo creo que eso es uno de los graves déficits, por poner un ejemplo muy concreto de España, de que hace falta una ley que dé mucha más autonomía de decisión a lo local, y deje ese dirigismo en virtud del cual se limitan a obedecer órdenes, planes diseñados por otras instancias de gobierno, por supuesto sin tener en cuenta los contextos locales. Esto es sin duda un problema.

Otro problema, a propósito de la periferización de la política. Le oí decir una vez al presidente Maragall que

la política había dejado de ser la cosa más interesante del mundo, que lo ha sido durante mucho tiempo, y lo malo de esto es que la gente ya se había dado cuenta. Si la política es cada vez menos relevante, en términos de capacidad de decisión, si ahí no se deciden las cosas realmente importantes, o hay pocos instrumentos, o es periférica, lógicamente el tipo de gente que acaba allí es el tipo de gente que no está demasiado interesada en la política, sino que está interesada en el teatro, en la presencia pública, en el florero social.

Por otro lado, buena parte del retraso estructural de la política respecto de fuerzas que son mucho más poderosas que ella, tiene que ver con el hecho de que se ha preocupado poco de ser inteligente, y se ha quedado en un estilo muy normativo.

Detrás de su periferización no está solamente una mala intención de quienes en el fondo desearían que nuestras sociedades no tuvieran formato político, que también. Hay mucha gente que estaría encantada, y cierta derecha contribuye a eso, de que las sociedades no tuvieran formato político. Pero no es solamente eso lo que ha contribuido a la periferización: también ha contribuido a ello que cuando uno tiene una orientación normativa hacia la realidad, suele desentrenarse para una relación respecto de la realidad en términos de aprendizaje. Decía una psicóloga francesa que el poder es un lugar seguro para la ignorancia; es decir, podríamos traducir esto en términos de “¿tú mandas o aprendes?”. Por tanto se entiende que quien está acostumbrado a mandar no puede aprender. Creo firmemente que hay que romper esto. Probablemente fundaciones como la vuestra sean lugares en los que esto pasa: hagamos que la política sea más interesante, que la política aprenda.

A. A.- Esta norma se podría aplicar también a cualquier estrato del poder, como la universidad, por ejemplo.

D. I.- Claro, por supuesto.



A. A.- Cuanto más arriba, más ignorancia. Lo malo es que la ignorancia, tanto en política como en cualquier otro estamento, se regenera. Los ignorantes optan por ignorantes, con lo cual, quizá sí que es verdad que en el fondo el nivel de la clase política, como el nivel de la clase universitaria, como el nivel de la clase empresarial, acaba siendo funcionarial, acaba tendiendo a la baja.

D. I.- Estoy de acuerdo con eso, pero yo no me refiero tanto a la inteligencia de las personas. Lo que son importantes son los sistemas inteligentes. Un sistema es inteligente no cuando está lleno de premios Nobel. Yo creo que una organización inteligente es una organización en la cual sus normas, sus procedimientos de resolución de conflictos, sus costumbres, sus reglas, son inteligentes. Política de fichajes en el fútbol, por ejemplo: no es cuestión de gastarse dinero en un gran fichaje, y que después ese fichaje no se integre en la estructura del equipo, sino que es mucho más importante el entrenador, la capacidad de articulación de juego. Once jugadores extraordinarios pueden ser un mal equipo de fútbol, y once mediocres pueden ser mucho mejores. Lo mismo aplicado a la política. Creo que el sistema político, como sistema, es poco inteligente.

Eso no quiere decir nada respecto de las personas concretas que estén en el poder, que las hay y muy inteligentes. Alguna vez digo, sobre todo a los parlamentarios, que debería entenderse a un diputado

como a una persona a la que le han dado una beca para aprender. El Parlamento debería ser un lugar de aprendizaje, de reflexión, y no tanto como es ahora, en buena medida, un lugar de tramitación de decisiones ya tomadas fuera de él.

A. A.- Sin duda, la capacidad de aprender está vinculada con la capacidad de arriesgar. Es decir, para aprender tienes que probar. Cuando hubo el debate en Cataluña sobre la limitación de 80 kilómetros por hora en la entrada de Barcelona, recuerdo una reflexión de Narcís Serra en un programa de TV3: “Esto de la política es prueba y error; por lo tanto, tenemos que valorar, una vez tomada esta medida, para qué está sirviendo: ¿está sirviendo para regular el tráfico?, ¿no sirve por la noche? Llegamos y la modificamos”.

Pero el exceso de normativización, como he dicho antes, impide la rectificación en las medidas políticas como algo natural: que si se aplica una medida y vemos que funciona para determinados objetivos, pero no funciona para otros, la modificamos, y no pasa nada.

Existe la capacidad de rectificar, de ejercer el poder rectificando, y eso no se ha empleado, y esto está vinculado a la voluntad de arriesgar. Tú arriesgas aplicando una medida, sabiendo que quizá la puedes reorientar; y que si no, que no suponga un trauma o un drama explicarlo.

Hace semanas, Enric Juliana escribía en *La Vanguardia* un artículo muy crítico con la presidencia, con el gobierno de Cataluña, pero hacía una reflexión muy interesante: “Hoy la política es riesgo, y sólo hacen política los alcaldes”. Se refería indirectamente al alcalde de Ascó, que se ha ofrecido para acoger en su municipio el cementerio nuclear, el almacén nuclear, o los alcaldes que propusieron consultas independentistas en sus municipios, o el alcalde de Vic, que propuso no empadronar a los inmigrantes. Sólo arriesgando se aprende, y sólo aprendiendo, teniendo la capacidad de aprender, se puede rectificar también una decisión política, y no ser esclavo, digamos, de la norma que tú mismo te has autoimpuesto.

D. I.- Creo que la clase política tiene una concepción de los ciudadanos inferior a la categoría que los ciudadanos realmente tienen. Los ciudadanos son mejores

de lo que la clase política cree, y los ciudadanos entienden más, no demasiado, pero entienden más las medidas antipopulares de lo que les parece a los políticos. Yo creo que los políticos están muy a ras de tierra, y la tierra está más alta de lo que creen. La gente es menos tonta de lo que pueda parecer; la gente entiende

cosas, la gente entiende discursos pesimistas, entiende llamadas al ahorro, entiende discursos negativos, incluso si no lo entiende ahora lo puede entender después. O sea, se puede gobernar con las encuestas en contra, porque el interés general que un gobernante tiene que representar y perseguir obstinadamente no es reducible al deseo puntual de sus ciudadanos, sino que, por ejemplo, implica contratos intergeneracionales, y es entonces cuando un gobernante debería decir “hay que ir a presupuestos más equilibrados, porque yo también represento a las generaciones futuras, que también han de tener oportunidades”.

La política hoy en día es muy poco innovadora. Vivimos en una sociedad de innovación, en la cual todo el mundo espabila. El artista busca nuevas formas de expresión, el economista nuevas formas de negocio, el científico nuevos ámbitos donde despegar y nuevos desafíos, mientras que la política se ha quedado muy atrás. La política es incluso muy conservadora, muy repetitiva en ese sentido. Entonces, forma parte de su periferización el hecho que sea uno de los ámbitos en

Debería entenderse a un diputado como a una persona a la que le han dado una beca para aprender. El Parlamento debería ser un lugar de aprendizaje, de reflexión, y no tanto como es ahora, en buena medida, un lugar de tramitación de decisiones ya tomadas fuera de él

los cuales se dan menos capacidad de innovación.

En tercer lugar, habíamos pensado, quizá con gran ingenuidad, que esto del fin de las ideologías suponía el comienzo de una política más ecléctica, más flexible, y no. Efectivamente, ya no hay ideologías fuertes; lo que hay son clichés fuertes, que es algo mucho más difícil de superar. Tú ves asomar un político en la televisión, y ya sabes perfectamente lo que va a decir. Que sea todo predecible, todo previsible, tiene que ver no tanto con lo ideológico como con el dominio de los clichés, de lo políticamente correcto, de los guiones establecidos, y de los cuadros de los que nadie se quiere salir.

A. A.- ¿Las decisiones en política se toman más desde el miedo? Pongo como ejemplo a Joe Klein en *Politics Lost*, un libro que habla de cómo la influencia de los asesores en la política americana acaba provocando una homologación de todos los líderes políticos en el espacio de la indefinición, porque lo que siempre hace un asesor es intentar recortar el riesgo, con lo cual quieres contentar a todo el mundo, y acabas con un discurso absolutamente anodino, que evidentemente tiene que ser positivo, nunca negativo, que no moleste a nadie, que es un poco la idea de Zapatero en el tema de la crisis: sobre todo no digas crisis, porque si no dices crisis no hay crisis. Y que luego te va pasando factura porque, claro, tú piensas en el titular de mañana, pero dentro de dos años también habrá titulares, y se acordarán de lo que has dicho hoy.

D. I.- Estoy de acuerdo con esa idea. Yo volvería a la idea de que todos estos análisis son posibles si el horizonte de visión y de responsabilidad se amplía un poco. Si gobernamos a base de encuestas, es inevitable que se vayan encadenando ese tipo de discursos. Yo he tenido relación con muchos políticos y con algunos he hablado largamente, algunos me han pedido opinión, y yo siempre he dicho, cuando me han pedido opinión, que lo primero que aconsejaba es que escuchara otra contraria a la mía; es decir, me parece que el control de los expertos sobre las decisiones políticas, de los *spin doctors*, es nefasto. La política es lo que hacemos los seres humanos cuando hemos llamado a los expertos y seguimos sin tenerlo claro. Entonces es cuando aparece la política, y no al revés. Yo soy muy partidario de que haya escuelas de políticos y escuelas de política, que se estudie, pero siempre y cuando eso no contradiga un principio que me parece fundamental, y es que en política el sentido común es fundamental. Cualquiera con sentido común puede estar en un cargo

político, y no es mejor político el que ha estudiado ciencia política. Hay un chiste en la universidad que dice: “Si se te pierde la cartera, que no te la encuentre un catedrático de ética”, sugiriendo que el catedrático de ética tal vez no sea la mejor persona de la universidad. Uno puede estudiar ética y no ser muy buena persona; uno puede explicar política y no ser un buen político. Incluso uno puede ser buen economista, y no tomar las decisiones económicas acertadas, porque todo ese tipo de decisiones políticas, en sentido amplio, tienen que ver con la idiosincrasia personal, con el olfato, con la intuición.

A. A.- Pero escudarse en los expertos también es un acto de irresponsabilidad, es no querer asumir las decisiones. Esto es lo que no se puede esperar de los políticos, y en cambio es lo que tenemos ahora mismo con la política: todas las decisiones están avaladas por unos expertos, y por lo tanto un día te pueden decir “a mí me asesoraron mal”.

D. I.- Hay toda una discusión muy interesante sobre la naturaleza del asesoramiento político que a mí me ha ocupado un tiempo. Hay un modelo, el modelo de lo que uno de estos llamaba “modelo de asesoramiento *true Power*”, es decir, decirle la verdad al poder, la idea según la cual el experto es aquél que conoce la verdad, y se la dice al poderoso: “si no toma usted esta medida, no va a salir adelante”. Ese modelo tiene su réplica en el modelo totalmente contrario, el modelo voluntarista o decisionista, en el cual el político toma las decisiones y llama a los expertos para que se las ratifiquen: “hemos decidido poner energía nuclear, usted hágame un informe para que eso se justifique”. Creo que estos dos modelos están en dos extremos y que simplifican la realidad. El modelo al que tenemos que ir sería un modelo intermedio en el cual el momento del saber experto y el momento de la decisión política no estuvieran tan separados, porque en un lado hay primero saber experto y luego decisión, y en el otro modelo hay primero decisión y luego saber experto, pero como dos momentos completamente distintos. Creo que al modelo al que deberíamos ir es más bien un modelo mixto, un modelo en el cual en el mismo momento en el que se toman las decisiones se plantean las razones políticas. El saber de los expertos y la legitimidad de las decisiones no tienen que estar tan alejados. Tiene que haber más diálogo entre el mundo de los expertos y el mundo de los que toman las decisiones. ■

El control de los expertos sobre las decisiones políticas es nefasto. La política es lo que hacemos los seres humanos cuando hemos llamado a los expertos y seguimos sin tenerlo claro. Entonces es cuando aparece la política, y no al revés